

63 Semana de Misionología de Burgos

La Misión tenemos que hacerla juntos

LA EUCARISTÍA, FUENTE DE LA MISIÓN, DESDE LOS ACUERDOS ECUMÉNICOS

Por Roberto Calvo Pérez
Facultad de Teología de Burgos

A lo largo del siglo XIX venía siendo habitual en ámbitos protestantes la celebración de conferencias misioneras de carácter internacional: Londres (1878 y 1888) y Nueva York (1900). Ésta última fue ya denominada "Conferencia Misional Ecuménica" por su propósito de abarcar todo el mundo habitado, toda la «*ekúmene*». Pero será la celebración de la Conferencia Ecuménica de Edimburgo (1910) la que marque un punto de inflexión en el camino hacia la unidad de las Iglesias. ¿Qué peculiaridades convirtieron a esta Conferencia en referencia fundamental del ecumenismo? ¿Por qué recordarla en el ámbito misionero en su centenario?

Los asistentes de entonces eran delegados de las sociedades misioneras que trabajaban en ámbitos no cristianos. Ello supuso dos novedades: 1. la participación del Anglicanismo y de las Sociedades Misioneras alemanas, ampliando el carácter exclusivamente protestante de las conferencias anteriores. 2. La participación de delegados no europeos procedentes de iglesias jóvenes (nacidas de la actividad misionera de las sociedades misioneras protestantes), cuya participación determinará en gran medida el horizonte de la Conferencia.

La asamblea intentaba resolver los problemas surgidos en la acción misionera y anima a plantear juntos los pasos a dar, adoptando una acción conjunta, aunque sin capacidad para imponer decisión alguna. Edimburgo significó la aceptación del desafío que la «unidad» plantea a la actividad misionera (y evangelizadora) de las Iglesias.

Desde entonces el diálogo ecuménico ha conocido una gran floración que, además de otras muchas otras actividades, se ha ido sellando en diversos acuerdos. Uno de los temas fundamentales, por su dificultad e importancia, ha sido el diálogo sobre los temas eucarísticos. Pero lo que más nos llama la atención es el hecho de poder comprobar cómo en estos acuerdos la Iglesia, la eucaristía y la misión están profundamente relacionadas.

Hay un texto que el llamado Grupo ecuménico de Dombes publicó que nos permite captar todo el sentido de lo que acabamos de decir y nos facilita el desarrollo: "hoy, cuando los cristianos celebran la eucaristía y anuncian el evangelio, se sienten cada vez más hermanos en medio de los hombres, con la misión y la impaciencia de dar juntos testimonio del mismo Cristo, por medio de la palabra, de la acción y de la celebración eucarística" (GD 1).

Desde aquí, queremos aportar unas ideas sencillas sobre cómo ha de entenderse el ecumenismo, para captar la necesidad de un testimonio común entre todas las Iglesias. Ese testimonio nos interpela para descubrir la eucaristía como el sacramento de la unidad anhelada. Tras estos sucesivos pasos, presentaremos de un modo un poco más detenida la comprensión cristiana de la eucaristía desde los principales acuerdos ecuménicos y cómo ésta nos lleva a trabajar hacia "una sola mesa, un único cuerpo, una misma misión".

1. Ecumenismo y diálogo de la vida

El ecumenismo *se fundamenta en Cristo*; más concretamente en la cruz y en la resurrección de Jesucristo¹. No se trata de un humanismo de carácter general ni de una descolorida y genérica religión. Dicho fundamento quedó enunciado por el Consejo Mundial de las Iglesias y fue asumido explícitamente por el concilio Vaticano II: “en este movimiento de unidad, llamado ecuménico, participan los que invocan al Dios trino y confiesan a Jesucristo como Señor y Salvador” (UR 1). El movimiento ecuménico se levanta sobre el suelo común de las confesiones de la fe de la Iglesia todavía indivisa de los primeros siglos, sobre la fe en Jesucristo y la fe en Dios trino.

Esa vida nueva que se nos *regala por el bautismo en Dios Trinidad* hace que nos incorporemos al único cuerpo de Cristo, a la Iglesia una (Gál 3,28; 1Cor 12,13; Ef 4,4). Ello conlleva que no empecemos de cero; no partimos de Iglesias separadas que se unen. Con el bautismo común viene dada ya una unidad esencial, si bien todavía no plena. Sólo cuando asumimos plenamente lo que significa estar bautizado, ser cristiano, es cuando descubrimos lo que implica esa nueva vida. Ello nos ha de llevar a desarrollar nuestra conciencia misionera que nos invita a abrirnos al diálogo.

Éste puede revestir diversas formas y modalidades. Entre ellas se encuentra el llamado «*diálogo de la vida*», por el cual “los creyentes de las diversas religiones atestiguan unos a otros en la existencia cotidiana los propios valores humanos y espirituales, y se ayudan a vivirlos para edificar una sociedad más justa y fraterna” (RMi 57). Sabemos que “no pocos misioneros y comunidades cristianas encuentran en ese camino difícil y a menudo incomprensible del diálogo la única manera de dar sincero testimonio de Cristo y un generoso servicio al hombre” (*Ibid.*). El diálogo es un camino para el Reino y, por lo tanto, también para el ecumenismo que irá dando sus frutos.

Por ello, es necesario iniciar un diálogo con las Iglesias hermanadas sobre el recíproco reconocimiento del correspondiente bautismo, así como sobre el significado de éste. Hay que comenzar por lo esencial y asegurar los fundamentos del movimiento ecuménico. El camino ecuménico nos ha traído muchos regalos, pero todavía queda una gran cantidad de molestos escollos. La culpa no la tienen sólo “los otros” o “los de arriba”, que supuestamente se niegan a darse por enterados de los resultados de la investigación teológica. Tales acusaciones no ayudan a avanzar. Cada uno de nosotros es un escollo, porque no vivimos como nos pide nuestra condición de cristianos. Nos encontramos en *una situación intermedia*. Se han producido acontecimientos decisivos a nivel teológico y existencial, pero aún queda mucho camino por andar.

Ahora bien, se ha de evitar ser soñadores ecuménicos que persiguen utopías. Existen dos tipos de utopía. Primero, está *la utopía progresista* que no ve las auténticas dificultades: cree que, en el fondo, todas las diferencias han sido superadas o que simplemente son insustanciales disputas académicas. Junto a ésta, se halla *la utopía clericalista-integrista*, según la cual los problemas se pueden resolver con señales de prohibición, y cuantas más, mejor. Los cristianos no somos ni pesimistas tristes ni utópicos que todo lo ven de color de rosa; somos realistas de la fe y realistas de la vida. Por ello, el ecumenismo se sitúa en un tiempo de transición. Vivimos aún en un tiempo de crecimiento y de maduración, o como dice la carta a los Efesios, en un tiempo de construcción y crecimiento hacia la total plenitud de Cristo (4,16). El ecumenismo ha de comprenderse y vivirse *como proceso de crecimiento*.

La Iglesia siempre es guiada a la verdad plena por el Espíritu Santo (Jn 16,13). Él es quien la mantiene joven y sumamente vital; pero en su camino por la historia está siempre *necesitada de purificación y renovación* en el Espíritu Santo (LG 8). Tal renovación tiene lugar de múltiples formas. El diálogo ecuménico es una

¹ W. KASPER, *Sacramento de unidad. Eucaristía e Iglesia*, Sal Terrae, Santander 2005, 49-56. Para una visión sencilla y global, J. BOSCH - C. MÁRQUEZ, *100 fichas sobre ecumenismo*, Monte Carmelo, Burgos 2004.

de ellas; pero no puede ser confundido con un relativismo dogmático a precio de saldo. El diálogo ecuménico significa simultáneamente un examen de conciencia y un intercambio de dones, en los que aprendemos de los bienes que el Espíritu ha concedido a las otras iglesias y comunidades eclesiales (LG 5; UR 3), para pasar así de la todavía imperfecta comunión a la comunión plena. De los hermanos ortodoxos hemos aprendido mucho sobre la profunda unidad entre Iglesia y eucaristía. Nuestros hermanos evangélicos nos han ayudado a valorar y apreciar más la palabra de Dios. Ambos también han aprendido de nosotros, los católicos.

No podemos construir hoy una Iglesia nueva. Pero, aunque fuera fundada en su día, la Iglesia se edifica sin cesar con piedras bautismales vivas (1Pe 2,5). En esta andadura, *el Espíritu Santo nos guía e introduce* en la verdad y nos permite crecer y madurar en la verdad ya conocida. En la misión, el horizonte de la Iglesia se ensancha: la Iglesia crece en nuevos pueblos y culturas; se apropia críticamente de tales culturas, las embebe, purifica y profundiza. En este proceso descubre aspectos de su propia verdad que hasta entonces habían permanecido ocultos.

En el ecumenismo se produce un avance similar. Las Iglesias y comunidades separadas han comprendido y plasmado algunos aspectos concretos de la verdad única del evangelio en parte mejor que nosotros. El ecumenismo no es un negocio deficitario ni un proceso de empobrecimiento en el que se renuncia a la propia identidad. Se trata de un proceso de crecimiento de la vida. Juan Pablo II lo describía como *“un intercambio de bienes y regalos”* (*Ut unum sit*, 28; 57). En esta andadura son necesarios muchos pasos intermedios que apunten hacia el testimonio común.

2. El testimonio común de las Iglesias

Sólo si adquirimos una clara conciencia de los principios del ecumenismo, percibiremos en su radicalidad *el escándalo de la separación*. Sólo entonces experimentaremos la profunda contradicción que supone el hecho de que, por una parte, seamos «un» cuerpo en Cristo Jesús y, por otra, vivamos sin embargo en Iglesias separadas. Es entonces cuando repararemos en que no podemos resignarnos a esta situación, y que no basta con dejar sencillamente que pervivan las diferencias y las divergencias, fingiendo una realidad que no existe. Nuestras divisiones nos restan credibilidad y constituyen uno de los grandes obstáculos de la misión universal. Jesucristo derribó el muro (cf. Ef 2,13-22), pero nosotros hemos levantado nuevos muros y excavado nuevas fosas.

Sabemos que el movimiento ecuménico nació precisamente de la preocupación misionera, al tomar conciencia de cómo la división entre las iglesias cristianas resta credibilidad al anuncio del evangelio y cómo, por el contrario, el testimonio de unidad lo hace más creíble y atractivo². Cuando, a la escucha del Espíritu, los cristianos somos capaces de superar los conflictos y las divisiones que hay entre nosotros, el mundo puede ver y apreciar la alegría de la fe en Jesucristo y su fuerza amorosa y transformadora.

El nuevo *Directorio ecuménico* (año 1993) cita las vigorosas palabras de Pablo VI en la exhortación *Evangelii nuntiandi*: “Sí, la suerte de la evangelización está ciertamente unida al testimonio de unidad dado por la Iglesia. Es ésta una fuente de responsabilidad, pero también de consuelo” (EN 77; cf. DE 205). El Consejo Mundial de las Iglesias insiste constantemente en la necesaria unidad en la misión. La conferencia celebrada en Atenas (2006), tras afirmar en su mensaje final que “todos nosotros estamos en misión porque participamos en la misión de Dios, que nos ha enviado a un mundo fragmentado y roto” y que “estamos unidos en la convicción de que en Cristo hemos sido convocados para ser comunidades reconciliadoras y sanadoras”, no tenía más remedio que confesar: “en nuestra aspiración a participar de manera más plena y auténtica en la misión de Dios, seguimos soportando el dolor de nuestra incapacidad para superar las barreras

² Cf. J. M^a HERNÁNDEZ MARTÍNEZ, *Testimonio común de las Iglesias: realidad y perspectiva. Hacia un testimonio común en la actividad misionera*, «Pastoral Ecuménica» 24 (2007) 45-58.

que nos impiden celebrar juntos el más reconciliador y sanador de los sacramentos, la Eucaristía – la Cena del Señor”.

Las dificultades que debilitan y dificultan el testimonio común son variadas. Unas veces provienen de las *heridas causadas a lo largo de la historia*, que se han de ir sanando por el diálogo de la caridad a través de una paciente y delicada tarea de purificación de la memoria. También están irrumpiendo con fuerza en los últimos años las cuestiones *relacionadas con la ética y la moral*, que amenazan con crear nuevas fracturas entre las Iglesias y en el interior de las mismas.

Pero de cara al testimonio común y a la colaboración misionera hay un problema que reviste especial gravedad y amplitud. Nos referimos *al tema del proselitismo*. En la 11ª Conferencia Mundial sobre Misión y Evangelización celebrada en Salvador de Bahía (*Llamados a una sola esperanza*) se habla de él como una “corrupción del testimonio” y como “una perversión del auténtico testimonio cristiano”.

De hecho, los documentos emanados del diálogo interconfesional en torno al tema de la misión han sido numerosos. Sin embargo, el último decenio los que se han dedicado específicamente a este tema no son ni cuantitativa ni cualitativamente significativos³. Se refieren a la misión y a la necesidad de un testimonio común, pero de modo indirecto. De forma general se aborda *la misión en cuanto obra del Espíritu Santo*, pues sólo Él puede convertir el corazón de los hombres a la buena noticia del evangelio y advertir a todos los creyentes de la urgencia de la evangelización. Todos los cristianos están llamados a esta tarea pues toda la Iglesia es misionera por naturaleza. Así, el horizonte se ensancha y adquiere la lógica de los primeros siglos eclesiales, pues toda la humanidad en sus situaciones concretas es destinataria del evangelio. La invitación a la conversión y al bautismo ha de venir precedida y acompañada del testimonio de la caridad realizado desde el amor de Dios Padre, manifestado en Cristo Jesús y actualizado por el Espíritu Santo.

Todo ello nos exige una evangelización *pobre en los medios y dirigida sobre todo a los más pobres* desde la humildad y la labor inculturadora. Ha de ser una misión que se dirige al corazón de la humanidad como fermento que pretende comunicar una liberación integral de cada persona, recrear un mundo justo, reconciliar a los pueblos y reconstruir la paz y la armonía con el cosmos. Se trata de una salvación profunda que ha de vivir desde su sentido escatológico: estamos llamados a propiciar la comunión plena con Dios desde la permanente edificación del Reino.

Ahora bien, no podemos olvidar que la unidad de la Iglesia no es un fin en sí misma, sino que está al servicio del único gran objetivo: *“para que el mundo crea”* (Jn 17,21). De ahí que el ecumenismo y la misión universal se hallen estrechamente relacionados e incluso compartan destino. El mismo nombre, ecumenismo, procede de «ekuméne», significando originariamente “todo el mundo habitado”. El vínculo profundo se encuentra en la eucaristía. De igual manera que el ecumenismo tiene por objetivo la comunión en la mesa eucarística, así también la misión tiene su fundamento profundo e íntimo en el misterio de la eucaristía, en la entrega que Jesús hace de su vida por muchos/todos. Tanto el ecumenismo como la misión anhelan anticipar la asamblea escatológica de todos los pueblos, lenguas y culturas en la acción de gracias común a Dios.

3. La eucaristía, sacramento de unidad anhelada

Como puede suponerse, en el diálogo ecuménico el tema de la eucaristía, en cuanto sacramento donde se anhela y se condensa la unidad eclesial buscada, siempre ha sido un lugar preferente. No en vano, a partir de la Reforma ha sido una de las fuentes de discordia y separación. Desde el siglo XVI las posiciones se han ido diversificando tanto que se han convertido en un verdadero mosaico. Sin

³ Cf. G. CERETI, *La missione nei dialoghi ecumenici*, «Ad Gentes» 2 (1998) 37-55 e ID., *La missione nei più recenti documenti del dialogo ecumenico*, «Ad Gentes» 13 (2009) 194-203.

embargo, en las últimas décadas del siglo XX han proliferado reflexiones y acuerdos ecuménicos sobre varios aspectos del misterio cristiano y de la vida eclesial. En ellos se va distinguiendo cada vez más lúcidamente cuáles son los puntos de convergencia y cuáles, por el contrario, quedan como retos y tareas a seguir profundizando por parte de las Iglesias.

No puede ser de otra forma. La eucaristía es signo y vínculo de la «comunidad» eclesial, por ser sacramento de la unidad de la Iglesia. Por ello, está en el centro del diálogo ecuménico desde la clausura del Vaticano II. El Concilio sancionó definitivamente la convergencia del ecumenismo católico con la trayectoria del Consejo Mundial de las Iglesias y adscribió el compromiso ecuménico de los católicos al único Movimiento ecuménico.

La centralidad de la eucaristía en el diálogo ecuménico se explica porque en definitiva la Iglesia es eucaristía; y ésta es la fuente y la cumbre de la Iglesia. La confesión (común) de la única fe eucarística conlleva decidir algunos núcleos dogmáticos de la fe cristiana: ¿cuál es la función de la Iglesia, sacramento universal de salvación, como mediadora de la buena noticia del evangelio?; ¿cuál es la realidad del sacramento en la que convergen la acción de la gracia y la acción humana?; ¿cuál es la estructura ministerial que vertebra el anhelado único cuerpo eclesial como “comunidad de creyentes” dotado de ministros del sacramento?

En general, el diálogo sobre la eucaristía entre las confesiones tiene su contexto teológico en un diálogo más amplio sobre lo que se ha denominado “*triada sacramental*”, y que comprende los tres sacramentos objeto primordial del diálogo teológico: el bautismo, la eucaristía y el ministerio ordenado. A partir de ahí se han llevado a cabo los diálogos internacionales y los locales, de donde han brotado múltiples documentos de acuerdo⁴.

De cara a nuestro objetivo, nos centramos principalmente en éstos acuerdos ecuménicos⁵:

1º. El *Acuerdo de Windsor*, por firmarse en esta ciudad inglesa el 13 de septiembre de 1971. También se le denomina *Acuerdo anglicano-católico sobre la doctrina eucarística*. Los miembros que realizaron el acuerdo fueron nombrados oficialmente por ambas Iglesias y, por ello, se trata de un acuerdo “oficial”. Es “substancial”, pero no “total”, pues no pretende dar un tratado completo sobre la eucaristía sino sobre los puntos esenciales especialmente controvertidos entre las dos confesiones.

2º. *El acuerdo del Grupo de Dombes* fue realizado en marzo de 1972. De hecho, no tiene ninguna oficialidad y compromete sólo a los que lo redactaron. Pero es reconocida la competencia de sus autores y el itinerario ecuménico de los mismos (fundado en 1937). Se trata de un acuerdo “sobre lo esencial” y lleva una adición pastoral donde se explica lo más importante en lenguaje sencillo y más comprensible.

3º. *La Cena del Señor*, como fruto del diálogo católico-luterano, es publicado el año 1978. Se puede decir que es una cierta síntesis de todos los diálogos ecuménicos al respecto realizados anteriormente.

4º. La comisión mixta internacional de diálogo teológico entre la Iglesia Católica Romana y la Iglesia Ortodoxa publica a su vez el año 1982 la relación *El misterio de la Iglesia y de la Eucaristía a la luz del misterio de la Santísima Trinidad*.

5º. El Consejo Ecuménico de las Iglesias, a través de la Comisión Fe y Constitución, recogiendo muchos de los diálogos bilaterales y multilaterales previos entre diversas confesiones, presentó en 1982 el texto de Lima a las Iglesias. Se trata del documento llamado *Bautismo, Eucaristía y Ministerio*. Se trata de un texto aprobado de forma multilateral en el seno del Consejo Ecuménico de las Iglesias cuyo objetivo fundacional, entre otros, es “proclamar la unidad de la Iglesia de

⁴ Cf. A. GONZÁLEZ MONTES, *Imagen de Iglesia. Eclesiología en perspectiva ecuménica*, BAC, Madrid 2008, 598ss.

⁵ Pueden consultarse en ID., *Enchiridion Oecumenicum*, Universidad Pontificia, Salamanca 1986.

Jesucristo y llamar a las Iglesias a hacer visible esta unidad en una sola fe y en una sola comunidad eucarística, expresadas en el culto y la vida común en Cristo, para que el mundo crea" (*Reglamento*)⁶.

4. La comprensión cristiana de la eucaristía

Para presentar de forma general la comprensión cristiana de la eucaristía partimos como base del Documento de Lima (BEM), porque en él tomaran parte activa muchas Iglesias cristianas, entre ellas también la Católica⁷. Además los documentos de Dombes y Accra sirvieron de base inmediata para su elaboración. En sí, el BEM constituye un hito importante en el todo proceso del diálogo ecuménico. Una serie de convergencias contribuyeron a enriquecer y profundizar determinados aspectos de la reflexión cristiana sobre el misterio eucarístico, generando así puntos de convergencia en torno a una misma fe. Podemos resaltar los siguientes.

-La fundamentación del misterio eucarístico en la persona y actuación de Jesús. El BEM alude con acierto a un triple momento de la existencia de Jesús que sirve de base a la posterior eucaristía de la Iglesia: "las comidas que Jesús compartió durante su ministerio terreno" (BEM 1), en las que Él iba "al encuentro de publicanos y pecadores y compartía la comida con ellos" (BEM 24). En segundo lugar, la última cena, situada en estrecha conexión con los sufrimientos de la pasión. Y en tercero, las comidas con el Resucitado, donde también "el Señor manifestó su presencia y se dio a conocer a sus discípulos en la fracción del pan", de tal modo que puede afirmarse que la eucaristía celebrada por la Iglesia "está en continuidad con esas comidas de Jesús durante su vida terrena y después de su resurrección, que son siempre signo del Reino" (BEM 1).

Desde este contexto, se insiste en el trasfondo pascual veterotestamentario de la eucaristía, así como su institución por parte del Señor en la última cena (citando 1Cor 11,23-25), de la que se afirma que fue "una cena litúrgica, con utilización de palabras y gestos simbólicos", lo que permitirá hablar de la eucaristía posterior como "una comida sacramental" (BEM 1), aspecto que ya reseñaba AW 9, pero sin referencia explícita a una institución vinculada a la última cena.

-La estructura trinitaria del misterio eucarístico preside toda la teología eucarística del Documento de Lima. Sin embargo, donde más se subraya, como era de esperar, es en el acuerdo entre católicos y ortodoxos *El misterio de la Iglesia y de la Eucaristía a la luz del misterio de la Santísima Trinidad*. La perspectiva trinitaria ya se formuló de forma explícita en los documentos de Dombes y Accra. Este planteamiento trinitario, además de profundamente bíblico, responde al espíritu de la liturgia ("al Padre, por el Hijo, en el Espíritu").

Elo facilita comprender la propia eucaristía como una realidad dinámica. Se da «un impulso descendente» que, teniendo su fuente último en el amor y la autodonación gratuitos del Padre celestial, la eucaristía viene a ser "el sacramento del don de Dios que [Él mismo] nos hace en Cristo por el poder del Espíritu Santo" (BEM 2). Y también acaece «un impulso ascendente» –subrayado más por el documento– por el que, a través de Cristo en el Espíritu somos presentados al Padre y llega hasta él nuestra alabanza y acción de gracias. Desde ahí la eucaristía es presentada como "acción de gracias al Padre" (BEM 3s.), memorial de Cristo (BEM 5-13) y epiclesis o invocación del Espíritu Santo (BEM 14-18).

⁶ A partir de ahora los citamos con las siguientes siglas: *Acuerdo de Windsor*: AW; *Acuerdo del Grupo de Dombes*: GD; *La Cena del Señor*: CS; *El misterio de la Iglesia y de la Eucaristía a la luz del misterio de la Santísima Trinidad*: MIE; y *Bautismo, Eucaristía y Ministerio*: BEM.

⁷ M. GESTEIRA, *La Eucaristía en los recientes acuerdos ecuménicos*, «Miscelánea Comillas» 42 (1984) 37-70. Otros estudios, cf. A. MATABOSCH, *Dos recientes acuerdos ecuménicos sobre la eucaristía*, «Phase» 70 (1972) 309-333; P. TENA, 'La Cena del Señor'. *Un documento ecuménico excepcional*, «Phase» 110 (1979) 87-124; para el BEM: M. GESTEIRA, *La Eucaristía en el documento de Lima*, y desde la perspectiva ortodoxa E. TIMIADIS, *Creer y vivir el Misterio*, ambos en «Pastoral Ecuménica» 1 (1984) 287-305 y 332-347.

Se establece un paralelismo original: a la Trinidad divina responde en la eucaristía otra «tríada»: la dimensión «eucarística» (la oblación de acción de gracias al Padre), «anamnética» (presentación del sacrificio de Cristo) y «epicléctica» (invocación del Espíritu). Esta tríada se resuelve a su vez en un misterio de unidad: la eucaristía es «comunidad», ya que la presencia de Cristo para nosotros y en nosotros por el Espíritu nos hace un solo cuerpo. Así, el dinamismo descendente tiene como primer fruto la Iglesia, misterio de comunión tanto a nivel local como universal (BEM 19-21)⁸.

-**La dimensión eclesiológica de la eucaristía** constituye otra dimensión positiva en el diálogo ecuménico por la estrecha conexión que existe entre eucaristía e Iglesia. Dios mismo “actúa en la eucaristía dando vida al cuerpo de Cristo [aludiendo a Jesús mismo y a a su vez al cuerpo eclesial] y renovando a cada miembro de este cuerpo” (BEM 2). “La comunión eucarística con Jesucristo presente, que alimenta la vida de la Iglesia, es al propio tiempo comunión con el cuerpo de Cristo, que es la Iglesia”, pues “la participación en un mismo pan y en un mismo cáliz común... manifiesta y realiza la unidad de los participantes con Cristo y con todos los comulgantes” (BEM 19; cf. GD 21 y Accra 19).

Conformar “un solo cuerpo” eclesial-eucarístico radica en la participación en una misma vida y en un mismo Espíritu. Así lo había explicitado el acuerdo Católico-Luterano: “Por el hecho de que Cristo se da a los suyos en la eucaristía, su vida pasa a ser de ellos; su Espíritu, el suyo”; por eso, “el acontecimiento de la comunión eucarística con Cristo se convierte en la forma permanente de la vida eclesial con Cristo” (CS 26). De hecho, puede hablarse de la eucaristía no sólo como signo a manifestación de la comunión eclesial, sino también como realización de la misma (cf. Vaticano II: LG 3 y 11; UR 2). Por eso cabe afirmar que “la eucaristía es así, simultáneamente, la fuente y la culminación de la vida de la Iglesia” (CS 26), fórmula paralela al Vaticano II (cf. LG 11), por lo que “sin la comunión en la eucaristía no hay plena comunión eclesial; sin la comunión eclesial no hay verdadera comunión en la eucaristía” (CS 26). Además, en el diálogo ecuménico queda recalcada la íntima relación existente entre la celebración eucarística de una comunidad concreta y la realidad de la Iglesia universal: “las celebraciones eucarísticas están siempre en relación con la Iglesia entera; y toda la Iglesia está implicada en cada celebración eucarística” (BEM 19).

-Del mismo modo, resulta positiva **la dimensión escatológica del misterio eucarístico**, “anticipación del festín del Cordero” (Ap 19,9) y reencuentro con Cristo hasta su retorno definitivo (cf. BEM 1). El Documento de Lima, recogiendo acuerdos anteriores, dedica todo un apartado a «la eucaristía como convite del Reino» (BEM 22-26), en el que éste se destaca como “la fiesta en la que la Iglesia... celebra y anticipa con gozo la venida del Reino de Cristo (1Cor 11,26; Mt 26,29)” (BEM 22).

Varias veces se alude a la eucaristía como una “pregustación del Reino de Dios” (BEM 6,8 y 22), así como a “la renovación final de la creación” que ese mismo Reino implica. La eucaristía ha de verse en la perspectiva de la futura glorificación, donde aquélla es considerada como “promesa”, “manifestación” y “mediación” de ese futuro y hacia él, pues en la “eucaristía se promete la gloria futura, y esta misma gloria empieza a manifestarse y a comunicarse” (CS 42).

-Ahora bien, se necesita **una recepción ponderada** de los diversos acuerdos ecuménicos sobre la eucaristía. De hecho, como hemos podido comprobar, en los diversos documentos ecuménicos hay una notable *convergencia a nivel del misterio eucarístico*, pues la eucaristía es expansión de lo que ya habíamos venido a ser por el bautismo y la confirmación. El Documento de Diálogo entre la Iglesia Católica Romana y la Iglesia Ortodoxa dice: “Por el bautismo y la unción, en efecto, los miembros de Cristo son alcanzados por el Espíritu, incorporados a Cristo, pero por la eucaristía el acontecimiento pascual se dilata,

⁸ Cf. F. RODRÍGUEZ GARRAPUCHO, *El recurso a la categoría de comunión en los diálogos ecuménicos del postconcilio*, «Estudios Trinitarios» 39 (2005) 471-499.

haciéndose Iglesia. La Iglesia se convierte en lo que está llamada a ser por el bautismo y la unción" (MIE I.4.a). Esta eclesialidad trinitaria de la eucaristía se expresa de forma concreta en la synaxis, por la que no sólo se actualiza o renueva la comunión eclesial, sino también por la que se pide y empeña en la unidad, la reconciliación y la paz, a imagen de la Trinidad (cf. MIE II.1-2).

El mejor servicio que se puede hacer a un auténtico diálogo ecuménico es conocer y respaldar entre todos los cristianos estos acuerdos. Pero el necesario proceso de recepción que exigen no puede limitarse a la aceptación indiscriminada; antes bien, entraña una ponderada labor de crítica que permita reconocer tanto el camino recorrido hacia la unidad (eucarística) como la insuficiencia de ciertas proposiciones menos adecuadas, desde las posiciones de la fe y la praxis de las diversas Iglesias. Por ello, los católicos no podemos olvidar algunos temas eucarísticos que fueron objeto de discusión y de viva polémica en el pasado. Estos problemas –que curiosamente reciben un tratamiento explícito en todos los acuerdos ecuménicos– pueden reducirse a dos: la dimensión sacrificial de la eucaristía y la cuestión de la presencia real somática (que comprende la afirmación de una conversión real de los dones)⁹.

Todos los cristianos (católicos, luteranos, ortodoxos) están de acuerdo en que la eucaristía es expresión de la ministerialidad de la Iglesia, pues "en la celebración eucarística es cuando el ministro ordenado es el foco visible de la comunión profunda que une a Cristo y los miembros de su cuerpo" (CS 65; BEM 14). Pero, mientras que con los ortodoxos no hay dificultad *respecto al ministerio ordenado* (obispo, presbíteros), en cuanto sucesores de los apóstoles, en relación con la Iglesia luterana permanecen algunas divergencias importantes en la manera de concebir el origen y la función del ministerio, así como en su transmisión.

Otro punto de divergencia se encuentra en la posibilidad de una celebración y comunión eucarística común (*communicatio in sacris*). Es evidente que una plena comunión eucarística supone una plena unidad o comunión eclesial. Las Iglesias protestantes ponen más el acento en la comunión con Cristo que en la comunión con la Iglesia, y por ello encuentran menos dificultad en esta participación. Las Iglesias orientales, por el contrario, ponen el acento en la necesidad de la comunión eclesial y en los sacramentos, y por ello algunas encuentran más dificultad que los católicos en la comunión sacramental. Estamos llamados a avanzar en la comunión, sin ignorar las divergencias, pero también facilitando el camino y el encuentro entre todos los cristianos de cara a esa misión de testimonio común que brota de la celebración eucarística.

5. Una sola mesa, un único cuerpo, una misma misión

Hemos presentado la comprensión cristiana de la eucaristía que emana de los acuerdos ecuménicos a diversos niveles. Es un tema que ha sido tratado por diferentes estudiosos. Pero cabe subrayar que estos acuerdos remarcan con claridad cómo la eucaristía está profundamente unida a la misión y viceversa, aspecto que apenas hemos encontrado desarrollado en otros autores. Sin entrar en grados detalles, presentamos las que, a nuestro juicio, son las principales implicaciones ecuménicas respecto a este tema dejando hablar a los propios textos en su profunda riqueza¹⁰.

-Primeramente, hay que resaltar cómo se insiste en que **la eucaristía ha de llevarnos a una misión común**, pues todo lo contrario expresa un profundo antitestimonio: "el hecho de que los cristianos no puedan reunirse en una comunión plena en la misma mesa, para comer el mismo pan y beber el mismo cáliz,

⁹ Cf. P. BLANCO SARTO, *La Cena del Señor: la Eucaristía en el diálogo católico-luterano después del concilio Vaticano II*, Universidad de Navarra, Pamplona 2009.

¹⁰ Desde el planteamiento católico, cf. J. RATZINGER, *Convocados en el camino de la fe. La Iglesia como comunión*, Cristiandad, Madrid 2004, 97-127 ["Eucaristía y misión"]; revista «Misiones Extranjeras» 206-207 (2005) ["Misión y eucaristía"]; R. CALVO PÉREZ, *Misión y eucaristía: de Juan Pablo II a Benedicto XVI*, «Lumen» 56 (2007) 255-290.

constituye un debilitamiento de su testimonio misionero individual y colectivo" (BEM 26). Pues como se dice en el diálogo católico-ortodoxo, "el Espíritu pone en comunión con el Cuerpo de Cristo a aquellos que participan en el mismo pan y en el mismo cáliz" (MIE I.5d).

La razón está en que "Cristo ha destruido con su cruz todas las murallas que separaban a los hombres"; y, por ello, los cristianos no podemos "comulgar con Él en verdad, sin trabajar para que desaparezcan, en el seno de los conflictos en que estamos comprometidos, los muros que se alzan en la Iglesia entre razas, nacionalismos, lenguas, clases, confesiones..." (GD 22; cf. CS 28). Cuando surgen estas separaciones en la propia Iglesia, "convierten su testimonio en ineficaz y hacen indigna su celebración sacramental" (CS 41)¹¹.

-Junto a ello, se subraya que **la misión es una dimensión integrante de una Iglesia eucarística**: "la misión no es una simple consecuencia de la eucaristía. Cada vez que la Iglesia es verdaderamente la Iglesia, la misión forma parte de su vida. En la eucaristía la Iglesia es plenamente ella misma y se encuentra unida a Cristo en su misión" (GD 25). La misión es un acto epiclético. Al igual que en cada eucaristía, la Iglesia pide con confianza el don de su Espíritu, "a fin de que, por los dones eucarísticos, ella misma sea renovada, santificada y confortada para realizar su misión en el mundo" (CS 22). La misma Iglesia, "como comunidad de la nueva alianza, invoca al Espíritu con confianza, a fin de ser santificada y renovada, conducida en toda justicia, verdad y unidad, y fortalecida para cumplir su misión en el mundo" (BEM 17). Así pues, "Cristo, por el Espíritu, edifica en la eucaristía la vida de la Iglesia, robustece su fraternidad y promueve su misión" (AW 3).

Cada celebración eucarística "revela al mundo aquello en lo que tiene que convertirse"; esto es, en "una ofrenda y una alabanza al Creador, una comunión universal en el cuerpo de Cristo, un Reino de justicia, de amor y de paz en el Espíritu Santo" (BEM 5). Y de manera particular, "la solidaridad en el cuerpo de Cristo, afirmada por la comunión eucarística, y la responsabilidad de los cristianos, unos respecto a los otros y respecto al mundo" encuentran una expresión particular en las liturgias: "el mutuo perdón de los pecados, el signo de la paz, la intercesión por todos, el comer y beber juntos, llevar los elementos eucarísticos a los enfermos y a los prisioneros o el celebrar la eucaristía con ellos" (BEM 21; cita casi literal de lo que ya se dijo GD 24).

La misión se orienta en su anuncio explícito a la participación plena en la eucaristía y su celebración exige haberse iniciado en la fe cristiana: "no se celebra la eucaristía sin anunciar la palabra, porque el ministerio de la palabra apunta a la eucaristía, y recíprocamente, ésta presupone y realiza la palabra" (GD 12). Un anuncio que se hace simultáneamente testimonio de amor para vivir del amor trinitario: "el Espíritu de amor hace efectivo el sacramento del amor en el cual el amor divino alcanza al hombre en su realidad terrena para atraerlo hacia sí" (CS 22).

Así pues, "cuando, invitados por un mismo Señor, nos reunimos en torno a una misma mesa para compartir un mismo pan, nos hacemos uno en nuestro compromiso, no sólo hacia Cristo y unos hacia los otros, sino también respecto a la misión de la Iglesia en el mundo" (CS 39; citando AW 4). Cada celebración ha de ser "un momento en el que la Iglesia participa de la misión de Dios en el mundo. Esta participación toma forma cotidianamente en la proclamación del Evangelio, el servicio al prójimo y la presencia fiel en el mundo" (BEM 25).

-Diáconos que celebran sobre el altar del mundo (un ministerio que va de la Mesa a la miseria humana). Los signos de amor fraterno que brotan del

¹¹ Expresado de otra manera, "la eucaristía nos muestra que nuestro comportamiento es inconsciente de cara a la presencia reconciliadora de Dios en la historia humana: nos vemos sometidos a un juicio debido a la persistencia de relaciones injustas de toda clase en nuestra sociedad, a las numerosas divisiones causadas por el orgullo humano, por el interés material y las políticas de poder, y en fin debido a la obstinación en unas oposiciones confesionales injustificables en el seno del Cuerpo de Cristo" (BEM 20).

sacramento del amor “están directamente vinculados al propio testimonio de Cristo servidor; los cristianos mismos participan de esa condición de siervo. Dios, en Cristo, ha entrado en la condición humana; así la liturgia eucarística se encuentra próxima a situaciones concretas y particulares de los hombres y mujeres. En la Iglesia primitiva, el ministerio de los diáconos y las diaconisas tenía la responsabilidad específica de manifestar este aspecto de la eucaristía. El ejercicio de ese ministerio entre la Mesa y la miseria humana expresa concretamente la presencia liberadora de Cristo en el mundo” (BEM 21).

Por ello, los cristianos hemos de ser “testigos auténticos del amor fraterno” desde el alimento eucarístico: “la eucaristía determina la manera cristiana de vivir el misterio pascual de Cristo y el don de Pentecostés. Gracias a ella se opera una profunda transformación de la existencia humana, siempre confrontada con la tentación y el sufrimiento” (MIE II.4). Porque la eucaristía está ordenada a la salvación del mundo “no sólo en tal o cual de sus partes, sino en su totalidad. Los que participan en la eucaristía son convocados al servicio del mundo. La comunión con Cristo capacita y obliga a comprometerse con todos los hombres” (CS 40).

Su celebración ha de abarcar todos los aspectos de la vida: “presupone la reconciliación y la participación con todos, mirados como hermanos y hermanas de la única familia de Dios; viene a ser un reto constante en la búsqueda de relaciones normales en el seno de la vida social, económica y política (Mt 5,23ss.; 1Cor 10,16; 1Cor 11,20-22; Gál 3,28)” (BEM 20). Todas las formas de injusticia, racismo, separación y carencia de libertad aparecen como un reto radical cuando compartimos el cuerpo y sangre de Cristo. “A través de la eucaristía, la gracia de Dios que lo renueva todo penetra y restaura a la persona humana y su dignidad. La eucaristía implica al creyente en el acontecimiento central de la historia del mundo. Como partícipes de la eucaristía, pues, nos mostramos inconsecuentes si no participamos activamente en esa continua restauración de la situación del mundo y de la condición humana” (BEM 20).

Frente a una idea intimista e individualista que, al menos en la piedad católica se ha mantenido respecto a la eucaristía, los acuerdos ecuménicos afirman con rotundidad que “el mundo llamado a la renovación está presente en toda celebración eucarística” (BEM 23). Porque la eucaristía “es el gran sacrificio de alabanza en la que la Iglesia habla en nombre de toda la creación. Porque el mundo que Dios ha reconciliado consigo mismo en Cristo está presente en cada eucaristía... Así la eucaristía abre al mundo el camino de su transfiguración” (GD 8; cf. CS 33 y 39)¹².

-Una misión eucarística de reconciliación. Otro aspecto muy destacado es que plantean cómo la celebración eucarística implica un denodado esfuerzo por trabajar en una misión reconciliadora que abarque a toda la humanidad. Los cristianos edifican la Iglesia como comunión de iglesias y en cada “iglesia local no hay... ni hombre ni mujer, ni esclavo ni libre, ni judío ni griego. Una nueva unidad, que supera las divisiones y restaura la comunión en el único cuerpo de Cristo, se comunica” (MIE II.1).

Así pues, “reconciliados en la eucaristía”, los miembros del Cuerpo de Cristo “son llamados a ser servidores de la reconciliación en medio de los hombres y mujeres, y testigos de la alegría cuya fuente es la resurrección” (BEM 24), de manera particular entre los crucificados de la historia¹³. Una reconciliación que

¹² “El mundo está ya presente en la acción de gracias al Padre, donde la Iglesia habla en nombre de toda la creación; en el memorial, donde, unida a Cristo redentor e intercesor, ruega por el mundo; en la invocación del Espíritu, donde espera la santificación y la nueva creación” (GD 26).

¹³ “Reconciliados en la eucaristía, los miembros del cuerpo de Cristo en servidores de la reconciliación entre los hombres y testigos de la alegría de la resurrección. Su presencia en el mundo implica la solidaridad en el sufrimiento y la esperanza con todos los hombres, junto a los cuales son llamados a comprometerse para testimoniar el amor de Cristo en el servicio y en la lucha. La celebración de la eucaristía, fracción de un pan necesario para la vida, incita a no consentir en las condiciones de los hombres privados del pan, de la justicia y la paz” (GD 27; cf. CS 41).

abarca a todos, pues Cristo murió por todos y el Padre lo resucitó en el poder del Espíritu a favor de todos: “convirtiéndose en un pueblo único alrededor de un convite único, la asamblea eucarística ha de aspirar necesariamente a la reunión de aquellos que se encuentran más allá de sus límites visibles, porque es el mismo Cristo quien ha invitado a su festín a todos aquellos por quienes murió” (BEM 26).

-Una misión que hace degustar el Reino. Como se dice en estos acuerdos, “la eucaristía se proyecta en la visión del Reino de Dios prometido como la renovación final de la creación, como su degustación” (BEM 22). O dicho con una mayor sensibilidad desde las Iglesias ortodoxas, “la Iglesia celebra la eucaristía como expresión, en este tiempo, de la liturgia celeste... La Iglesia peregrinante celebra la eucaristía sobre la tierra hasta que su Señor venga a poner de nuevo la realeza en manos de Dios Padre, a fin de que Dios sea todo en todos” (MIE 1.4c).

De hecho, Cristo instituyó la eucaristía para el tiempo que media entre su ascensión y su retorno. Este tiempo es el tiempo “de la esperanza, y por eso la celebración de la eucaristía nos orienta hacia la venida del Señor y nos la hace cercana. Es el gozoso anticipo del banquete celeste, cuando la redención estará plenamente cumplida y toda creación estará libre ya de toda esclavitud” (GD 29). Pero lo cierto es que el futuro comienza ya aquí en esperanza, “para que, en la debilidad, viva hasta el final en medio de sufrimientos y combates; le da fuerza de comprometerse sin descanso en la renovación de la vida y las estructuras de este mundo” (CS 45).

*** Conclusión: la eucaristía, precioso alimento para los misioneros**

En conclusión, podemos decir que la eucaristía es la celebración festiva que adelanta la transfiguración total y definitiva de todas las cosas. Es la presencia en la ausencia de Cristo resucitado que acompaña el caminar histórico de sus seguidores y cumple así su promesa, por el Espíritu: “y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final del mundo” (Mt 28,20).

Al celebrar la eucaristía ésta se convierte en “la fiesta de la continua «cosecha» apostólica, donde la Iglesia se regocija de los dones recibidos del mundo” (GD 28). Celebra sobre el altar del mundo, escucha y acoge los signos de esperanza que en él se dan, y se siente enviada a la misión para ofrecer la buena noticia de la reconciliación desde el servicio a los más necesitados.

En especial, los misioneros y misioneras, como centinelas del porvenir y juventud eclesiales, avanzan por los caminos de la nueva sociedad en esta tarea. Todos, pero de manera particular ellos, necesitan el alimento eucarístico para el camino evangelizador¹⁴. Ojalá que vayamos dando pasos entre todas las Iglesias cristianas para celebrar sobre una sola mesa, desde un único cuerpo eclesial y para una misma misión:

“Don total de Dios, la eucaristía ofrece la nueva realidad que transforma la vida de los cristianos, a fin de que sean imagen de Cristo y lleguen a ser sus eficaces testimonios. La eucaristía es así un precioso alimento para los misioneros, el pan y el vino de los peregrinos, en función de su éxodo apostólico en el mundo. La comunidad eucarística es alimentada de modo que pueda confesar de palabra y de acto que Jesucristo es el Señor que ha ofrecido su vida por la salvación del mundo” (BEM 26).

63 Semana Española de Misionología, Burgos, julio 2010

¹⁴ La CONGREGACIÓN PARA EL CULTO DIVINO Y LA DISCIPLINA DE LOS SACRAMENTOS en *Año de la Eucaristía: sugerencias y propuestas* dice: “justamente la Eucaristía puede llamarse también «el Pan de la misión», una hermosa «figura» la constituye el alimento concedido a Elías para que prosiguiera su misión sin ceder ante las dificultades del camino (cf. 1Re 19,8)” (31). JUAN PABLO II había acuñado la expresión “de la Misa a la misión” en *Dies Domine* 45; pero es en *Mane nobiscum Domine* 24-28 donde aludirá más expresamente a que la eucaristía es “principio y proyecto de misión”. BENEDICTO XVI, por su parte, nos recuerda que “una Iglesia eucarística es una Iglesia misionera... El impulso misionero es parte constitutiva de la vida cristiana”: *Sacramentum caritatis* 84.